

la demostración mas concluyente del cáncer que han inoculado en los pueblos americanos las doctrinas de un liberalismo exaltado. ¿Y podrán aquellos realizar de ese modo la república, la verdadera república que se apoya en la observancia de la ley y en la práctica severa de la justicia? No, y mil veces no. Entre los cargos formidables que los hombres juiciosos é ilustrados hacen en todas partes á los rojos y liberales exagerados, uno de los primeros y mas justos es que alejan con esa conducta á los pueblos de la libertad y dan lugar á que se entronice el humillante despotismo:



## CAPÍTULO XV

¿Cuál fué la suerte de la Iglesia católica en aquellas circunstancias? — Trabajos del arzobispo Mosquera. — Cuestiones sobre patronato. — Palabras de un ilustrado granadino sobre esta materia. — ¿Qué se pretendía? — Se quería que renunciase á sus derechos como obispo. — Los obispos vejados por la cámara de representantes. — Protestas. — ¿Estaban ó no en su derecho los que protestaban? — Los argumentos de los que opinaron en contra son opuestos á la doctrina de Jesucristo.

Triste es tener que marchar por todas partes sobre huellas que revelan sucesos repugnantes á la religion y á la moral; pero tan vastas son las dimensiones del mal que produjo en América la rebelion contra la Iglesia y sus sacrosantos dogmas, que apénas encontraremos lugar donde aquellas no aparezcan acompañadas de la injusticia, de la violencia y del libertinaje. Los que levantaron el grito de libertad en algunos lugares de América, se imaginaron que la república no estaba en armonía con la fe, ni los principios republicanos eran compatibles con la sujecion que aquella impone á la conciencia de sus creyentes. Predicaron con la revolucion política la revolucion religiosa, y á la vez tambien inculcaron en el ánimo de

sus conciudadanos la insurreccion contra los magistrados y la rebelion contra la fe. Por eso, cuando pasó el tiempo en que el ruido de los ejércitos que se movian para combatir á los enemigos de la libertad se dejaba sentir en todas partes; cuando los decretos de extrañamiento y de confiscacion dejaron de perseguir á los que eran calificados de *enemigos de la patria*, y cuando la libertad estuvo asegurada en todo el continente americano por las repetidas victorias sobre el ejército español, otra guerra encarnizada, cruel y mortifera continuó con mayor ó menor furia en todas las nuevas repúblicas: la guerra contra la Iglesia, la guerra contra la fe. Los que se decian ilustrados, despreocupados, espíritus fuertes, con temeridad insensata combatieron la religion del pueblo y procuraron emancipar á este del poder de la Iglesia. En la Nueva Granada y Venezuela estas hostilidades produjeron resultados mejores para la impiedad que en ningunos otros puntos de la América, porque los jefes de mas nombradía padecian extravío lamentable en sus ideas religiosas, porque sus ejemplos influían poderosamente sobre los pueblos á cuya cabeza estaban colocados, y tambien porque el mal fué combatido, no con toda la constancia, energía y eficacia que debiera haber sido, ¡y que sucedió! lo que todos conocemos. Dueños de su independenciam, en posesion de su libertad, los nuevos Estados ni tenian los principios ni los hábitos republicanos y cayeron, como naturalmente tenia que suceder, en la anarquía. Sublevándose contra la religion, sacudiendo el yugo de preceptos que forman el alma de la educacion y el espíritu de la conciencia del pueblo, una

parte de este se precipitó en la incredulidad práctica y sucedió á sus maestros en la innoble tarea de combatir á la Iglesia católica y á sus fieles creyentes. La obra de los hombres que de esta manera procedieron fué ya caracterizada por un escritor célebre y para ellos mismos nada sospechoso; queremos repetir sus palabras: « Las ideas mas radicales, las pasiones mas desordenadas se propagaron sin obstáculo en esos inmensos territorios desmembrados de la monárquica España. Católicos en el nombre, invadidos por la licencia de espíritu y por la impiedad; allí es donde se importan y se esparcen por millares las producciones mas cínicas de la incredulidad del último siglo y la hez de la indiferencia del nuestro (1). » Los que conocen con todos sus pormenores la historia de la revolucion de los Estados hispano-americanos, conocen tambien con cuánta justicia cuadra este pasaje de M. Guizot á la empresa de pervertir las creencias acometida por los que quisieron llamarse reformadores de esos mismos países.

Ya se deja percibir por cualquiera cuál pudo ser la suerte de la Iglesia bajo la presion de aquellas circunstancias tan adversas para su causa. Un escritor granadino las ha compendiado elocuentemente en el siguiente trozo que hemos preferido á lo que nosotros podríamos decir: « La Iglesia granadina se encontró atacada en sus ministros, en sus dogmas, en su moral, en su unidad y en sus fundamentos.

« El episcopado granadino fué casi del todo aniquilado.

(1) M. Guizot, *Introduction à l'histoire de la naissance et de la fondation de la république des Provinces-Unies*, par M. John Lothrop Motley.

Los pontífices murieron unos á impulsos de acerbos pesares, que los embates contra la religion les ocasionaron; fueron arrebatados otros de sus sillas, arrojados del país, y devoran en ajena tierra su pena y su dolor, y no será mas próspera la suerte que á los pocos que quedan les espera.

« Los párrocos se ven degradados y deprimidos, reducidos á un ruin salario, mas miserable que el de un jornalero, en blanco á los envenenados tiros del odio y de la mas cruda persecucion de parte de las leyes y de los hombres. Dependientes en sus funciones, en su subsistencia y en sus destinos de los cabildos parroquiales, de los alcaldes y con frecuencia de los *tinterillos*, ó de esos intrigantes que se vanaglorían de ostentar su poder contra una persona condecorada por su carácter, ó que hacen alarde de su impiedad por parecer ilustrados.

« Las mas escandalosas y heréticas doctrinas se predicán y esparcen impunemente por donde quiera. Se prohijan sin pudor los desatinos de Considerant, parodia de los de Calvino.

« Se defiende abierta y descaradamente el socialismo, que es á la verdad el pensamiento mas antisocial y anticristiano que puede concebirse. Se quieren destruir los sublimes preceptos del Evangelio, y sustituir á la religion de Jesus una religion semejante á la que Saint-Simon, en el frenesí de su entendimiento, llegó á delirar, y que otros despues, para hacerse tristemente célebres, han presentado bajo diferentes modificaciones.

« Se halaga á las masas afectando defender sus intereses para disponerlas á recibir la pestilencial doctrina

que arrancará al fin de su espíritu toda fe, toda creencia y toda subordinacion.

« Perversos escritores, ocultándose bajo del anónimo, no solo no acatan las decisiones de la Iglesia, sino que burlándose de ella, le niegan su autoridad, desconocen en los sucesores de San Pedro el primado de jurisdiccion, y quieren se rompan todos los vínculos que para ser católicos deben ligarnos con la Santa Silla apostólica. Se quiere el cisma, se pretende anarquizar la Iglesia.

« Cubriéndose algunas veces con el manto hipócrita de la piedad, hablando mucho sobre la salvacion de las almas y del bien espiritual de los fieles, quieren subordinar la sociedad divina, el ejercicio de la autoridad de la Iglesia á la voluntad de los poderes de la tierra. Ellos hacen lo que Jesucristo increpaba á los fariseos, cuando, hipócritas, les decia, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: este pueblo me honra con sus labios, mas el corazón de ellos léjos está de mí. Y en vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres.

« En su despecho, esos mismos escritores despedazan la reputacion de los ungidos del Señor, calumnian á los sumos pontífices, vilipendian de mil modos la silla de San Pedro, excitan al gobierno temporal á que despreciando las leyes de la Iglesia sirva de instrumento á sus negros designios, claman porque se desconozca la autoridad del metropolitano, y pretenden que un gobierno intruso y cismático reemplace á los legítimamente llamados á regir la diócesis. Otros aconsejan que la nacion se divorcie con la religion y que la condene á la indiferencia, al olvido y al desprecio.

« Las leyes, en fin, confundiendo las cosas divinas con las terrenales, queriendo equiparar la Iglesia con las sociedades humanas, empeñándose en vilipendiar el ministerio sacerdotal y en degradar los negocios de la religion, han puesto el sello al mal (1). »

Tal fué en compendio la suerte de la Iglesia católica en la Nueva Granada, cuando prevalecían el desorden y el libertinaje patrocinados y apoyados oficialmente por el gobierno de la nación.

Empero, palabra es de Dios que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia y que el reino del Señor ha de triunfar de las potestades conjuradas para procurar su ruina. La Providencia había colocado al frente de los prelados de la Iglesia granadina un metropolitano por muchos títulos ilustre. Su primer cuidado al ingresar en su Iglesia fué reparar en el clero los estragos causados por la revolución; á este fin instituyó un seminario según las disposiciones del concilio Tridentino y, conservando su parte superior bajo su inmediata dirección, confió á la Compañía de Jesús su sección preparatoria ó seminario menor. La instrucción de ese mismo clero por medio de conferencias, y la del pueblo por la predicación de la doctrina hecha á su solicitud por sacerdotes de infatigable celo y de acrisolada virtud, fueron otros de los infinitos bienes que distribuyó al pueblo que encargó á su vigilancia el Pastor de los pastores. El estudio continuo, y la asidua constancia en el despacho de los negocios de su diócesis formaban el carácter de aquel prelado; su

(1) *Exámen de algunas cuestiones relativas al estado presente de la Iglesia granadina.* S. D<sup>r</sup> D. José Ignacio Marquez. Bogotá, 1851.

alma era grande; destinado por Dios para servir algún día de muro á la casa de Israel, jamás se dejó abatir por la fatiga, ni desmayó oprimido por la adversidad. Este prelado fué el señor Mosquera, y contra él se estrellaron todos los proyectos, todas las leyes, todos los atentados y las persecuciones todas que sufrió la Iglesia granadina. Mas era el señor Mosquera un don que la divina Providencia había concedido á esa Iglesia, y si ese don estaba « destinado para sostener el vigor de su disciplina, restaurar la observancia de sus leyes, servir de nervio á la moral, de amigo á la educación y de pastor y padre á su pueblo, » como dijeron un día los que después fueron sus enemigos y perseguidores más ingratos y más encarnizados, la Iglesia granadina tenía derecho para prometerse que en sus manos sus derechos jamás sufrirían menoscabo por culpa del pastor á quien estaban confiados.

Mucho se ha escrito sobre las cuestiones religiosas que se agitaron en la Nueva Granada durante el episcopado del doctor D. José Manuel Mosquera; la prensa católica así europea como americana las ha presentado con toda su gravedad, y juzgando á los hombres que las promovían por su conducta, por sus discursos y por las opiniones que defendiéndolas manifestaron así ellos como sus partidarios, los calificó de socialistas, anticatólicos é ignorantes de mala fe. No tocaremos nosotros todas esas cuestiones, sino que indicaremos tan solo las principales y que nacían unas en el congreso y las otras en el poder ejecutivo de Nueva Granada. El congreso, dictando una serie de leyes anticatólicas, privaba al clero del fuero